

*Servidor.*—Si tuvieseis barbas, os las arrancaría en una pendencia así.

*Cornualles.*—¡Villano! (*Saca la espada y corre hacia él.*)

*Servidor.*—Venid, pues, y sufrid las consecuencias de vuestra cólera. (*Desenvaina la espada. Se baten. Cornualles es herido.*)

*Regana (á otro servidor).*—Dame tu espada. ¡Volverse así un patán contra nosotros! (*Coge una espada, va por detrás, y le atraviesa.*)

*Servidor.*—¡Oh! ¡Soy muerto!... Señor, os queda un ojo para verle herido. ¡Oh! (*Muere.*)

*Cornualles.*—No ha de ver más, yo lo impediré. (*Pone un dedo sobre el ojo de Gloucester.*) ¡Fuera, vil gelatina! ¿Dónde está ahora tu brillo? (*Arranca el otro ojo á Gloucester, y le tira al suelo.*)

*Gloucester.*—Todo tinieblas y desolación. ¿Dónde está mi hijo?

*Regana.*—Andad, sacadle fuera de puertas, y que husmee el camino hasta Douvres.»

Tales son las costumbres de ese teatro. Carecen de freno como las del tiempo y como la imaginación del poeta. Copiar las acciones vulgares de la vida diaria, las puerilidades y los flaquezas en que caen de continuo los más grandes personajes, los arrebatos que los degradan, las palabras crudas, duras ó inmundas y las acciones atroces en que se desencadenan la licencia, la brutalidad, la ferocidad de la naturaleza primitiva: he ahí la obra de la imaginación libre y desnuda. Copiar esas fealdades y esos excesos con una selección de pormenores tan familiares, tan expresivos, tan exactos que hacen ver al través de cada expresión de cada personaje una civilización entera: he ahí la obra de la imaginación concentrada y omnipo-

tente. Esa naturaleza de las costumbres y esa energía de la pintura indican una misma facultad, única y excesiva, ya revelada por el estilo.

## IV

Sobre este fondo común se destaca un pueblo de figuras vivas, iluminadas por una luz intensa, con un relieve sorprendente. Esa potencia creadora es el gran don de Shakspeare, y comunica á las palabras extraordinaria virtud. Cada frase pronunciada por uno de sus personajes nos hace ver, además de la idea que encierra y de la emoción que la dicta, el conjunto de las cualidades y el carácter entero que la producen, el temperamento, la actitud física, el gesto, la mirada de la persona, todo eso en un segundo, con una claridad y una fuerza á que nadie se ha acercado. Las expresiones que llegan á nuestros oídos no son una milésima parte de las que escuchamos interiormente; son como chispas que brotan de trecho en trecho; los ojos ven raras lenguas de llama; sólo la mente vislumbra el vasto incendio de que son indicio y consecuencia. Hay aquí dos dramas en uno solo: el uno raro, cortado, incoherente, visible; el otro, consecuente, inmenso, invisible; éste cubre el otro hasta el extremo de que por lo común no se cree ya leer palabras: se oye el mugido de aquellas voces terribles; se ven facciones contraídas, ojos llameantes, rostros pálidos; se sienten los hervores, las resoluciones furiosas que suben al cerebro con la sangre febril y vuelven á bajar á los nervios tirantes. Esa propiedad, que tiene cada frase, de hacer visible un mundo de

sentimientos y de formas, dimana de que es debida á un mundo de emociones y de imágenes. Shakspeare, al escribirla, sintió todo lo que sentimos nosotros en ella y otras muchas cosas más. Tenía la facultad prodigiosa de ver, en un abrir y cerrar de ojos, todo su personaje en cuerpo y alma, así en el pasado como en el presente, con todos los pormenores y en toda la profundidad de su ser, con la actitud singular y la expresión de fisonomía que le imponía la situación. Frases hay en Hamlet ó en Oteló que, para ser explicadas, exigirían tres páginas de comentarios; cada uno de los pensamientos subentendidos que descubriría el comentario dejaba su huella en el giro de la frase, en la especie de la metáfora, en el orden de los vocablos; hoy, al mirar esas huellas, adivinamos los pensamientos. Esas huellas innumerables se han impreso en un segundo en el espacio de una línea. En la línea siguiente hay otras tantas, impresas con igual rapidez y en el mismo espacio. Mídase la concentración y la velocidad de la imaginación que crea así.

Todos esos personajes son de la misma familia. Buenos ó malos, delicados ó groseros, inteligentes ó estúpidos, Shakspeare les da á todos un mismo género de espíritu, que es el suyo. Son personas de imaginación desprovistas de razón y de voluntad, máquinas apasionadas, que chocan violentamente unas contra otras, y exponen á la vista lo más natural y espontáneo que hay en el hombre. Démonos ese espectáculo, y veamos en todos los grados ese parentesco de las figuras y ese relieve de los retratos.

En el grado infimo están los seres estúpidos, lelos ó brutales. La imaginación existe ya donde la razón no ha nacido aún; subsiste aún donde la razón no existe ya. El idiota y el bruto siguen ciegamente á los fan-

tasmas que habitan su cerebro embotado ó maquinal. Ningún poeta ha comprendido ese mecanismo como Shakspeare. Su Calibán, por ejemplo, especie de salvaje deforme, sustentado con raíces, gruñe como una bestia bajo la mano de Próspero, que le ha domeñado. Ruge incesantemente contra su amo, sabiendo que pagará cada injuria con un dolor. Es un lobo encadenado, trémulo y feroz, que trata de morder al que se le acerca, y que se agacha al ver alzarse el látigo sobre su lomo. Tiene la sensualidad desenfrenada, la risotada innoble y la glotonería de la naturaleza humana degradada. Ha querido violar á Miranda dormida. Grita por su pitanza, y se atasca hasta el gañote. Un marinero desembarcado en la isla, Stephano, le da vino; él le besa los pies, y le toma por un dios; le pregunta si no ha caído del cielo, y le adora. Se descubren en él las pasiones rebeladas y refrenadas, ansiosas de erguirse y de saciarse. Stephano ha pegado á su compañero. «Pégale de firme (dice Calibán); dentro de un rato yo también le pegaré.» Suplica á Stephano que vaya con él á matar á Próspero dormido; tiene sed de llevarle allí; baila de alegría, y está viendo ya á su amo con la garganta cortada y los sesos por el suelo. «Por favor, rey mío, anda con tiento. ¿Ves? esa es la boca de la celda. Entra sin ruido. Haz esa buena muerte; serás dueño por siempre de la isla, y yo, tu Calibán, te lameré los pies.»

Otros, como Ajax y Cloten, son más semejantes al hombre, y sin embargo, lo que Shakspeare pinta en ellos, como en Calibán, es el temperamento puro. La pesada máquina corporal, la masa de los músculos, el espesor de la sangre que se arrastra por esos miembros de luchadores, oprimen la inteligencia y no dejan subsistir más que las pasiones animales. Ajax da pu-

ñetazos y engulle carne: tal es su vida; si está celoso de Aquiles es, sobre poco más ó menos, como puede estarlo un toro de otro toro. Se deja enfrenar y llevar por Ulises, sin mirar á dónde: la más grosera lisonja le atrae como un cebo. Se le ha impulsado á aceptar el desafío de Héctor. Hele ahí reventando de orgullo, sin dignarse ya responder á nadie, sin saber ya lo que hace ni lo que dice; Tersites le grita: «Buenos días, Ajax», y él le responde: «Gracias, Agamenón.» No piensa ya más que en contemplar su enorme persona y en revolver majestuosamente sus ojazos estúpidos. Llegado el día, da sobre Héctor como sobre un yunque. Al cabo de un buen rato los separan. «Yo no he entrado en calor todavía (dice Ajax); dejadnos seguir.» Cloten es menos macizo que ese buey flemático, pero no menos imbécil, vanidoso y grosero. La bella Imógenes, impacientada por sus injurias y por su estilo de cocinero, le dice que toda su persona no vale lo que la peor ropa de Póstumo. Se siente herido en lo vivo; repite diez veces esa expresión, se aferra á esa idea, y vuelve á toparse con ella de continuo como carnero furioso. «¿Su ropa? ¿su peor ropa?... Me vengaré... ¿Su peor ropa?... Corriente.» Toma ropa de Póstumo, y se va á Milford Haven, pensando encontrarle allí con Imógenes. En el trayecto tiene este monólogo: «La violaré con esta ropa, pero antes le mataré á él, y á su vista. Ella verá mi valor, que será un tormento para su insolencia. Una vez él en el suelo, y una vez acabada mi oración de insultos delante del cadáver... Luego, cuando haya saciado en ella mi apetito (y, como lo digo, lo haré con la ropa que tanto alababa), la volveré á la casa á puntapiés.» Otros no son más que pobres lelos, como Polonio, el consejero sin mollera, «niño vejete que no

ha salido aún de mantillas», solemne badulaque que va derramando una lluvia de consejos, de cumplidos y de máximas, especie de vocero de corte á propósito para las grandes ceremonias, ente que parece pensar y que no hace más que recitar palabras. Pero el más completo de todos los caracteres es el de la nodriza (1), charlatana, sucia para hablar, verdadero poste de cocina que apesta á ajos, sandia, desvergonzada, inmoral, pero, á pesar de todo, buena mujer y encariñada con su niña. Véase qué manera tan desatada de soltar la sin hueso:

«Nodriza.—Su edad la puedo yo decir con diferencia de una hora.

*Señora de Capuleto.*—No tiene catorce años.

*Nodriza.*—La fiesta de los Angeles á la tardecita hará los catorce. Susana y ella (¡Dios tenga misericordia de todas las almas cristianas!) eran de la misma edad. ¡Bien! Susana está con Dios: era demasiado buena para mí. Pero, como iba diciendo, la fiesta de los Angeles á la tardecita cumplirá los catorce. ¡Vaya si los cumplirá! Me acuerdo muy bien. Hoy hace once años del terremoto, y aquel día cabalmente, que no se me despinta entre todos los del año, fué cuando la desteté. Me había puesto ajeno en el pezón, y estaba sentada al sol, recostada en la tapia del palomar. El señor y vos estabais entonces en Mantua. ¡Tengo yo una memoria!... Pero, como decía, cuando la tontuela saboreo el ajeno y sintió el amargor, había que ver qué gesto puso y cómo la tomó contra el pecho... y de allí acá han pasado once años. Porque ya se tenía en pie. ¡Válgame Dios! Sí: ya andaba tambaleándose por todas partes, y hasta podía correr. La víspera, sin ir más lejos, cayó de bruces.»

(1) *Romeo y Julieta.*

Y aquí relata un lance indecente, que repite cuatro veces seguidas. La mandan callar. Inútil. El lance no se la va del magín, y la mujer no cesa de machacar y de reirse sola. Las repeticiones interminables son un proceder primitivo del espíritu. La gente del pueblo no sigue la línea recta del discurso y del relato; vuelve sobre sus pasos de continuo; da vueltas y más vueltas á una misma cosa; impresionada por una imagen, la tiene una hora delante de los ojos, y no se cansa. Si avanza, es con mil rodeos, pasando por mil ideas incidentales, antes de llegar á la frase necesaria. Se deja desviar de su camino por todos los pensamientos que se atraviesan. Así hace la nodriza, y, cuando lleva á Julieta noticias de su amante, la atormenta y la consume con sus sempiternas divagaciones.

«¡Jesús! ¡qué prisas! ¿No podéis aguardar un instante? ¿No veis que estoy sin aliento?

*Julieta.*—¿Cómo estás sin aliento, cuando tienes bastante para decirme que estás sin él?... ¿Traes buenas ó malas noticias? Respóndeme á esto. Di lo uno ó lo otro. Esperaré los pormenores. Satisfáceme: ¿son buenas ó malas?

*Nodriza.*—¡Buena elección habéis hecho! No sabéis escoger marido. ¡Romeo! no, ese no. Aunque su cara valga más que la de ningún hombre, en lo que aventaja más á todos es en las piernas. En cuanto á manos y pies, y cuerpo, no hay para qué hablar; nada puede comparársele. No es la flor de la cortesía, pero aseguro que es tan dulce como un cordero. Anda, anda, chiquilla. Sirve á Dios. ¡Qué! ¿han comido en casa?

*Julieta.*—No, no. Pero ya sabía yo todo eso. ¿Qué dice de nuestro matrimonio, di?

*Nodriza.*—¡Jesús! ¡cómo me duele la cabeza! ¡Qué

cabeza tengo! Parece que va á estallar. ¡Pues y la espalda! ¡Ay! ¡mi espalda, mi espalda! ¡Maldita vuestra ocurrencia de ajetrearme así para dar fin conmigo!

*Julieta.*—Siento que no estés bien, puedes creerlo. Pero, querida, queridísima ama, cuéntame, ¿qué dice mi amor?

*Nodriza.*—Vuestro amor habla como un caballero honrado, y fino, y bueno, y guapo, y virtuoso de seguro. ¿Dónde está vuestra madre?»

Es el cuento de nunca acabar. Su charlatanería es peor aún cuando anuncia á Julieta la muerte de su primo y el destierro de Romeo. Son chillidos é hipos de bachillera asmática. Se lamenta, embrolla los nombres, prorrumpa en declamaciones y acaba por pedir aguardiente. Maldice á Romeo, y luego le lleva al cuarto de Julieta. Al día siguiente manda á Julieta casarse con el conde Paris; Julieta se echa en brazos de su nodriza, implorando consuelos, consejo y ayuda. La nodriza encuentra el verdadero remedio: Casaos con Paris.

«¡Oh! ¡es un gallardo caballero! Romeo á su lado es un trapajo... Un águila, señora, no tiene ojos tan verdes, tan penetrantes y vivos como los de Paris. ¡Que me condene, si no creo una suerte para vos este segundo partido, porque aventaja al primero.»

Esta inmoralidad ingenua, estos razonamientos de veleta, este modo de juzgar el amor como la gente de rompe y rasga, completan el retrato.

## V

La imaginación maquinal forma los personajes imbeciles de Shakspeare; la imaginación rápida, intré-

pida, deslumbradora, atormentada, engendra sus personajes de ingenio. Hay varias clases de ingenio. Existe uno enteramente francés, que no es sino la razón misma, un ingenio enemigo de la paradoja, ridiculizador de la necedad, especie de discernimiento incisivo, sin otro empleo que hacer la verdad atractiva y visible, y que constituye la más penetrante de las armas en un pueblo inteligente y vanidoso: es el de Voltaire y de los salones. Existe otro, el de los improvisadores y artistas, no es sino el numen inventivo, paradójico, desenfrenado, exuberante, especie de fiesta que se da uno á sí mismo, fantasmagoría de imágenes, de agudezas, de ideas raras, que embriaga y aturde como el movimiento y la iluminación de un baile. Tal es el ingenio de Mercucio, de los clowns, de Beatriz, de Rosalinda y de Benedicto. Rien, no por sentimiento de lo ridículo, sino por ganas de reír. Buscad en otra parte las campañas que la razón agresiva emprende contra la humana locura; aquí la locura está en toda su flor. Nuestros personajes piensan en divertirse, y nada más. Están de buen humor, y dan suelta á su espíritu por todos los ámbitos de lo posible y de lo imposible. Juegan con los vocablos, atormentan su sentido, sacan de ellos consecuencias absurdas y risibles, se los disparan unos á otros como con raquetas, rivalizando en singularidad y en invención. Visten todas sus ideas de metáforas extrañas ó brillantes. Su tiempo era aficionado á las mascaradas, y su conversación es una mascarada de ideas. No dicen nada en estilo liso y llano; no piensan más que en amontonar cosas sutiles, rebuscadas, difíciles de inventar y de comprender; todas sus expresiones son refinadas, imprevistas, extraordinarias; exageran su pensamiento, y le truecan en caricatura. «¡Ah! ¡Po-

bre Romeo! (dice Mercucio). ¡Muerto está ya! Cosido á puñaladas por los ojos negros de una blanca beldad; traspasados los oídos por una canción de amor; partido el corazón por la flecha del arquero ciego.»—Benedicto cuenta una conversación que acaba de tener con su amante: «¡Oh! me ha maltratado de un modo que es para acabar con la paciencia de un leño. Un roble, con una sola hoja verde por todo follaje, la hubiese respondido. Mi misma careta empezaba á animarse y á altercar con ella.» Esas extravagancias joviales y continuas indican la actitud de los interlocutores. No permanecen sentados tranquilamente en sus sillas, como el marqués del *Misántropo*; hacen piruetas, saltan, cambian de semblante, representan la pantomima de sus ideas. Jóvenes, soldados y artistas, disparan fuegos artificiales de frases, y brincan alrededor. «Cuando yo nací, bailaba una estrella.» Esta frase de Beatriz pinta ese ingenio poético, chispeante, desatinado, delicioso, más cercano á la música que á la literatura, especie de ensueño en alta voz durante la vigilia, en el cual tiene marcado su puesto el de Mercucio.

«¡Oh! ya lo veo: la reina Mab os visitó esta noche. Es la comadrona de las hadas; y sin hacer más bulto que el ágata de la sortija de un regidor, llega en una carroza tirada por atomitos, y se pasea por las narices de los que duermen. Los rayos de las ruedas están hechos de patas de arañas grandes; la cubierta, de alas de cigarrones; los tirantes, de la tela de las más pequeñas arañas; las colleras, de los húmedos rayos de la luna; la fusta, de un hueso de grillo, y su punta de una película. Su cochero es un mosquito diminuto de librea gris; su coche una avellana hueca, obra de la ardilla ó del gorgojo que de tiempo inmemorial son

los maestros de coches de las hadas. En esa carroza galopa todas las noches por los cerebros de los amantes, y los amantes tienen sueños de amor; por las rodillas de los cortesanos, y los cortesanos sueñan en reverencias; por los dedos de los abogados, y los abogados sueñan con honorarios; por los labios de las damas, y las damas sueñan con besos... A veces galopa por la nariz de un pretendiente, y el pretendiente sueña que huele un destino. A veces cosquillea con el rabo de un cerdo la nariz de un cura dormido, y el cura sueña con una canonjía. En ocasiones corre por el pescuezo de un soldado, y el soldado sueña con matanzas, con brechas y emboscadas, con espadas toledanas y con tragos en que embaula toneles; luego oye de repente el tambor, despierta sobresaltado, jura una ó dos oraciones, y se vuelve á dormir. Esa misma Mab es la que entreteje por las noches las crines de los caballos y pone en las cabelleras desaliñadas y enmarañadas esos rizos que, una vez deshechos, presagian grandes males. Ella es la que...

Romeo le interrumpe, sin lo cual no acabaría. Compare el lector con los diálogos de nuestro teatro ese poemita, «hijo de una imaginación vana, tan ligera como el aire, más inconstante que el viento», interpolado como cosa corriente en medio de un coloquio del siglo XVI, y comprenderá la diferencia entre el entendimiento que se ocupa en razonar y en anotar ridiculeces, y la imaginación que se recrea en imaginar.

Falstaff tiene las pasiones de las bestias y la imaginación de los espíritus vivos. No hay carácter que revele mejor el numen y la inmoralidad de Shakspeare. Falstaff anda en malos lugares, jura y blasfema, juega; es un azota-calles, un pellejo de vino, un ente in-

noble hasta dejárselo de sobra. Tiene una panza descomunal, los ojos encarnados, la carota encendida, las piernas temblonas; se pasa la vida puesto de codos en las mesas de las tabernas ó dormido por los suelos detrás de las cortinas; no se despierta más que para blasfemar, mentir, alabarse y robar. Tiene tan buenas uñas como Panurgo, que sabía sesenta y tres maneras de arañar dinero, «de las cuales la más honrada era por latrocinio furtivo». Y lo más grave es que es viejo, caballero, hombre cortesano y de buena educación. ¿No parece que debe ser odioso y repulsivo? Nada eso: no puede uno menos de quererle. En el fondo, como su hermano Panurgo, es «la mejor pasta de la tierra». No hay maldad en su alma; no desea más que reír y divertirse.

Cuando le injurian, grita más fuerte que sus censores, y les devuelve con creces los insultos; pero no les guarda rencor por eso. Al poco rato le tenéis á la mesa con ellos en su chiribitil, bebiendo á su salud como hermano y compinche. Si tiene vicios, los expone á la luz del día tan ingenuamente que no hay más remedio que perdonárselos. Parece decirnos: «¿Qué queréis? yo soy así. Me gusta beber, ¿es verdad; pero el buen vino ¿no es cosa buena? Yo huyo más que á paso cuando veo venir los golpes; pero ¿es que no hacen daño los golpes? Contraigo deudas y saco dinero á los imbéciles; pero ¿es que no es agradable tener dinero en el bolsillo? Yo me alabo; pero ¿no es natural querer que le consideren á uno?»—«¿Te enteras, Enrique? Tú sabes que Adán, en el estado de la inocencia, cayó. ¿Qué podría hacer el pobre Juan Falstaff en este siglo perverso? Como ves, yo tengo más carne que los demás, y soy más frágil, por lo tanto.» Es tan francamente inmoral, que ya no lo es. En cierto grado

acaba la conciencia, la naturaleza la reemplaza, y el hombre corre en pos de lo que desea, sin pensar en lo justo ni en lo injusto más que un animal del bosque vecino. Falstaff, encargado de reclutar gente, vende exenciones á todos los ricos y no alista más que pillos hambrientos y medio desnudos. En toda su compañía no hay más que camisa y media; eso le preocupa. «¡Bah! en todos los setos encontrarán ropa tendida.» El príncipe, al revistarlos, dice que jamás ha visto miseria tan lastimosa. «Carne de cañón, príncipe, carne de cañón (responde Falstaff). Llenarán un foso tan bien como otros cualesquiera y mejor aún. No os apuréis: son mortales y muy mortales.» Su segunda disculpa es la inagotable locuacidad. Si hubo jamás una lengua suelta, es la suya. Las injurias y los juramentos, las maldiciones, los apóstrofes, las protestas, salen de aquella boca como de un tonel abierto. Nunca se corta: improvisa expedientes para todas las dificultades. Las mentiras brotan en él, florecen, crecen, se engendran unas á otras, como hongos en una capa de tierra pingüe y podrida. Miente más aún por imaginación y por naturaleza que por interés y necesidad. Se ve bien por la manera que tiene de exagerar sus invenciones. Cuenta que ha combatido sólo contra dos. A poco es contra cuatro. Luego son siete; después once, catorce. Gracias á que le paran; si no, llegaría á hablar de un ejército entero. Cogido en renuncio, no se desconcierta, y es el primero en reirse de sus farfantonerías. «Compañeros, hijos míos, buena gente, corazones de oro, vamos, hay que estar alegres. ¿Hacemos una comedia?» Improvisa el papel del rey Enrique con tanta naturalidad que se le tomaría por un rey ó por un cómico. Ese hombretón panzudo, mandria, cínico, vocinglero, borracho, lascivo, poeta de mesón, es uno

de los favoritos de Shakspeare. Es que sus costumbres son las de la pura naturaleza, y el espíritu de Shakspeare es pariente de su espíritu.

## VI

La naturaleza, en ese montón de carne que no puede con la grasa y el vino, es desvergonzada y grosera. Es delicada en el cuerpo delicado de las mujeres; pero es tan desatinada y apasionada en Desdémona como en Falstaff. Las mujeres de Shakspeare son niñas encantadoras que sienten con exceso y aman con locura. Tienen movimientos de abandono, palabritas de cariño, enojos seductores y una volubilidad graciosa, que recuerdan la charla y gentileza de los pájaros. Las heroínas de nuestro teatro son casi hombres; éstas son mujeres, y en todo el sentido de la palabra. No cabe ser más imprudente que Desdémona. Compadecida de Casio, anhela su perdón á toda costa, sea ó no justo, sea ó no peligroso. No entiende nada de las leyes de los hombres, ni piensa en tal cosa. No ve más sino que Casio es desgraciado. «Pudes estar tranquilo, Casio. No he de dejar en paz á mi señor. Andaré tras él hasta que se amanse. Le hablaré hasta hacerle perder la paciencia; su lecho le parecerá una escuela, su mesa un confesonario; interpondré la pretensión de Casio en todo lo que haga.» Pide su gracia á Otelio: «No, ahora no, querida Desdémona; otra vez.—Pero ¿será pronto?—Lo más pronto que pueda por ti, querida mía.—¿Esta noche á la cena?—No, esta noche no.—¿Entonces mañana á la comida?—No comeré en casa.—Bien. Pues mañana por la noche, ó el mar-